

# Rumbo a las tradiciones

Roberto Reyes Tarazona  
Universidad Ricardo Palma  
rreyes@urp.edu.pe  
Lima-Perú

## Resumen

En el artículo se reflexiona sobre las contradicciones que debió superar Ricardo Palma, esencialmente las interiores en sus inicios, haciendo luego mención general sobre las que debió enfrentar con los detractores del medio, en su madurez. Las contradicciones, en este caso, son las de orden literario y cultural, incidiendo en la creación literaria y la investigación histórica, como elementos esenciales para la escritura de las tradiciones.

**Palabras clave:** romanticismo, autocrítica, tradición literaria, artículo de costumbres, novela histórica

## *Abstract*

*The article reflects on the inconsistencies that Ricardo Palma had to overcome, essentially the internal ones in his beginnings, and then makes general mention of the contradictions he had to face with the detractors of the community, in his adulthood. The contradictions, in this case, are those of a literary and cultural nature, affecting literary creation and historical research, as essential elements for the writing of traditions.*

**Keywords:** *romanticism, self-criticism, literary tradition, article of customs, historical novel.*

## **Roberto Reyes Tarazona (Perú)**

Escritor y sociólogo, integró el grupo “Narración”. Ha publicado tres novelas, seis antologías, seis libros de cuento, dos estudios literarios.

Profesor principal en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Ricardo Palma, donde dirige la revista *Arquitextos*. Es Asesor Técnico del Vicerrectorado de Investigación y miembro de Número del Instituto Ricardo Palma.

En el año 2012 recibió la Orden de Mérito de Duarte, Sánchez y Mella, en el grado de Gran Oficial, por la República Dominicana.

Es usual que, cuando un gran escritor alcanza el reconocimiento general por su obra, se asuma que es un resultado natural, con las dificultades propias de todo trabajo exigente, pero al que ha llegado de manera casi inevitable. Sin embargo, los grandes escritores, en muchos casos, han debido superar obstáculos que empiezan dentro de ellos mismos. Esto ocurre, cuando en sus primeros años, fuerzas interiores los impelen a la búsqueda de maneras de expresar sus dudas, emociones o ansias de comprensión del mundo en que están creciendo, fuerzas que rara vez marchan al unísono. En tan espinoso camino, a menudo plagado de temores e incertidumbre, les llega el momento en que toman decisiones en función a las demandas y las posibilidades que ofrece su entorno. Enrumbados hacia los objetivos elegidos, nunca faltan conflictos y frustraciones cuando sus aspiraciones no alcanzan el resultado esperado y, más aún, cuando se lo hace saber la gente del entorno, muy abundante cuando se trata de criticar, sobre todo en colectividades como la nuestra. Entre nosotros, pocos objetan la versión de que raramente se reconocen los méritos ajenos; lo más común es el cuestionamiento de quien sobresale y, sobre todo, cuando lo hace de manera original. Por algo, tiene carta de ciudadanía el conocido dicho: «el peor enemigo de un peruano es otro peruano».

En el caso de Ricardo Palma, es prácticamente imposible conocer el proceso interior que finalmente se plasmó en sus tradiciones. Lamentablemente, no ha escrito sobre sus inicios en la creación, como hicieron Joseph Conrad, Juan Carlos Onetti y muchos otros grandes escritores en el camino a sus realizaciones, y solo se pueden identificar algunos hilos que conducen a conjeturas razonables. ¡Qué bueno hubiera sido que, a su estilo, Palma nos legara algunas reflexiones sobre el tema, como hizo Carson McCullers en sus «Notas sobre la escritura»!:

Ha de ser que uno escribe por una necesidad subconsciente de comunicarse, de expresarse a sí mismo. Escribir es una ocupación errante y soñadora. El intelecto se sumerge en el inconsciente –la mente pensante está controlada, del mejor modo, por la imaginación–. Y sin embargo, la escritura no es en absoluto amorfa, ni carece por completo de intelectualidad. Algunas de las mejores novelas y obras en prosa son tan exactas como un número telefónico; pero son pocos los prosistas que pueden llegar a este nivel, en razón del refinamiento de pasión y poesía que requiere (2006, p. 47).

Lo más cercano a una revelación de sus inquietudes iniciales en el camino a la creación literaria se encuentran en *La bohemia de mi tiempo* (1887), y algunas frases ilustradoras o breves comentarios insertos a lo largo de su producción, además, por supuesto, del sentido último de sus poemarios, obras teatrales, estudios y, sobre todo, tradiciones.

Como es muy sabido, Palma, antes de escribir sus tradiciones, se dedicó a la poesía y al teatro, tal como lo evidencian sus primeras publicaciones: *Rodil* (1851), *Corona patriótica* (1853), *Poesías* (1855), *Dos poetas* (1861). Washington Delgado, en su *Historia de la literatura republicana*, dice al respecto:

Ricardo Palma (Lima, 1833-Lima, 1919) fue en sus comienzos un poeta romántico, afiliado a lo que se llamó «la bohemia» y, como todos los ingenios de su tiempo, además de escribir poesías satíricas y burlescas, intentó fortuna en el teatro: en los comienzos de su carrera literaria, colaboró en una comedia costumbrista *El Santo de Panchita* con el ya famoso maestro del género Manuel Ascencio Segura; luego derivó hacia el drama romántico y escribió hasta tres obras más o menos truculentas, la última de las cuales fue *Rodil* (1980, pp. 73-74).

Oswaldo Holguín Callo, en *Tiempos de infancia y bohemia. Ricardo Palma (1833-1860)*, puntualiza que:

fue en 1848 cuando empezó a escribir literatura, lo que está de acuerdo con otras referencias contemporáneas. De ese año es, en efecto, su primera poesía conocida, «A la memoria de la Sra. D. Petronila Romero» (1994, p. 140).

Pero este primer afán de escribir poesía dentro de la escuela del romanticismo irá debilitándose muy pronto, de manera que doce años después culmina lo que se considera la primera etapa en su producción literaria. José Miguel Oviedo, en *Genio y figura de Ricardo Palma*, reflexiona:

¿En qué época supo Palma que ya no pertenecía a ese grupo (La bohemia), en qué momento dejó de ser romántico? Aunque el escritor pone como fecha límite de su participación activa el año de 1860 (fecha de su exilio, que lo aleja tres años del país), los testimonios personales de su decepción romántica pertenecen a la década siguiente (1965, p. 119).

Antonio Cornejo Polar, en «Literatura en el Perú Republicano», coincide en la afirmación del rápido abandono de la poesía por parte de Palma y la autocrítica que hace a este aspecto de su práctica creativa:

Cabría pensar en la obra de un transeúnte del romanticismo: fue cuando joven un apasionado cultor de la nueva escuela, más tarde la enjuició con severidad y a la postre trazó, utilizando elementos de ésta y otras fuentes, su propio y peculiar camino (1982, p. 40).

Muy temprano también, el futuro tradicionista escribió para el teatro, entre los dieciséis y los veinticinco años, dramas, traducciones y comedias.

Cuando Palma publica la segunda serie de sus tradiciones, en la titulada «El fraile y la monja del Callao», revela algunos momentos de sus afanes juveniles por la creación literaria y teatral:

Contaba dieciocho años y hacía pinicos de escritor y de poeta. Mi sueño dorado era oír entre los aplausos de un público bonachón los destemplados gritos «¡el autor! ¡el autor!». A esa edad todo monte antojábaseme orégano y cominillo, e imaginábame que con cuatro coplas mal zurcidas y una docena de articulejos peor hilvanados había puesto una pica en Flandes y otra en Jerez. Maldito si por mi forro consultaba clásicos, ni si sabía por experiencia propia que los viejos pergaminos son criadero de polilla [...].

Como la ignorancia es atrevida, echéme a escribir para el teatro; y así Dios me perdone si cada uno de mis engendros dramáticos no fue puñalada de pícaro al buen sentido, a las musas y a la historia (1982-I, p. 301).

En relación a esta mirada hipercrítica de su juvenil producción teatral, Holguín comenta:

Con tal mea culpa de madurez, Palma trató de negar cualquier valor a sus obras para el teatro pues otra era la clave de su éxito: «hallado el camino soberbio y glorioso que lo lleva a la cima de las letras nacionales, liquida el pasado de senderillos inciertos y provisorios, dentro de la etapa de tentativa que tiene toda iniciación», dice acertadamente Jiménez Borja. Ello no impide admitir, confirmando aquellos testimonios, que por mucho tiempo el teatro fue en los planes de Manuel Ricardo Palma el campo donde se propuso librar las batallas decisivas para merecer renombre y admiración (1994, p. 283).

Después de la etapa de entusiasmo por la poesía romántica y la escritura teatral, Palma pareció enrumbar a la investigación histórica. Así, en 1863 publica *Los anales de la Inquisición de Lima*. A propósito de este libro, Raúl Porras Barrenechea critica los inicios de Palma y su relación con la historia:

Desde 1853 Palma había comenzado a cultivar la historia en su forma más prosaica y fastidiosa: simple enumeración de datos y fechas en estilo neutro o pedestre (2008, p. 94).

En *Los anales*, Palma, hablando de él mismo en tercera persona sobre la génesis del libro, apunta:

En cuanto a la forma, no ha juzgado conveniente alterarla, para que no pierda este trabajo su modesto carácter de estudio o ensayo histórico. Fue escrito en época en que el autor estaba muy distante de alimentar pretensiones literarias, y, por lo mismo, quiere que subsista tal como salió de su pluma y con los lunares propios de la inexperiencia (1982-IV, p. 291).

Después de este intento de escribir historia bajo los cánones establecidos, Palma desiste de continuar en esta dirección y va derivando hacia una narrativa que en sus primeras manifestaciones tiene de artículo de costumbres y de ensayo histórico, de manera que la visión del pasado colonial siempre está presente, como elemento central o contenido implícito. Carlos Thorne, autor de varias e importantes novelas históricas del siglo veinte, sostiene:

Ricardo Palma tuvo siempre una decisiva afición por la historia como conocimiento del pasado y en el comienzo de su vida literaria escribirá narraciones enmarcadas dentro de los límites del relato histórico, vale decir, descripciones en las que podía estar ausente la ficción, pues elige anécdotas

de sucesos ocurridos en el pasado que son veraces y no imaginarios. Esta vocación en Palma nos hace ver que en él existía una plena consciencia de la historia que le permitía establecer un diálogo con ese pasado en que rechazaba la reflexión crítica, pero no el esfuerzo científico (2009, p. 191).

Pero muy pronto Palma abandona lo que él denomina estudios o ensayos históricos y empieza a escribir sus primeras tradiciones, en la década del sesenta.

Y aunque la historia y la creación literaria no son contradictorias, sí obedecen a lógicas distintas, por lo cual en algún momento se debe definir cuál prevalece sobre la otra. Para Palma, como para cualquier creador interesado en estas dos vertientes de la expresión cultural y, sobre todo en el siglo XIX, no debió ser fácil armonizar la creación literaria y la búsqueda del conocimiento histórico. En principio, porque la escritura de poesía, narrativa o teatro –cuando es una aspiración esencial en la vida del escritor– por lo general exige una dedicación casi excluyente de otras actividades intelectuales o creativas, estando ligada a los aspectos más íntimos del artista, mientras que la búsqueda del conocimiento histórico demanda rigor, paciencia, objetividad, siendo casi obligatorio poner de lado las preferencias personales.

En las primeras obras de Palma, su inicial inclinación por la poesía coincide con la de muchos creadores e intelectuales que después tomarán otros rumbos. El interés y la dedicación a la historia es también algo usual, aunque para ahondar en ella se requiere tanto tiempo que puede constituir el trabajo de toda la vida. Lo que nadie pudo advertir –tal vez ni el mismo Palma– es que su forma de acercarse a la historia no encajaba bien en los derroteros historiográficos establecidos, sino tendía a plasmarse en una expresión muy personal, en la que, a partir de hechos históricos, incorporaba manifestaciones de la cultura popular y su propio espíritu zumbón e irónico.



En una carta a su amigo Carlos Toribio Robinet, fechada en el 18 de enero de 1878, Palma caracteriza su quehacer de la siguiente manera:

Nunca he aspirado a pasar por original en la creación de un argumento. Esta cualidad de la fantasía conviene al novelista; pero no a quien, como yo, vive en el enmarañado campo de la historia. Mis tradiciones, más que mías, son de ese cronista que se llama el pueblo, auxiliándome, y no poco, los datos y noticias que en pergaminos viejos encuentro consignados. Mía es, sin duda, la tela que los viste; pero no el hecho fundamental. Yo no invento, copio. Soy un pintor que restaura y da colorido a cuadros del pasado (2005, p. 141).

Tal postura, en nuestros días no es inusual, pero en el siglo XIX era difícil de asimilar por los historiadores de oficio. Quien pretendía hacer historia debía seguir el carril fijado por las pautas establecidas, y no precisamente las asociadas a la creación literaria, aunque por entonces ya existían algunos casos singulares, como la denominada novela histórica. Al respecto, cabe precisar que, en este tipo de narrativa, la ficción se impone al registro histórico, hasta el punto de adecuarlo a sus propios fines. Tal postura era inaceptable para los historiadores de entonces –y también de algunos de los actuales–, quienes por principio rechazaban que los hechos registrados documentalmente pudieran ser insumos en la composición de las obras de ficción.

En el caso de Palma, él irá afianzando de forma cada vez más personal la combinación de ficción e historia, adquiriendo más y más importancia la revelación de personajes, escenas y costumbres de nuestra sociedad, contextualizados en sucesos del pasado, sobre todo de la colonia.

En «Palma y Goncálves Dias», Raúl Porras, en relación a este tema, precisó:

A partir de 1860 comienza a cultivar el género histórico, en narraciones cortas, al comienzo fielmente ceñidas al documento, y después cada vez más vivaces, novelescas y llenas de gracejo criollo. En 1872, publica su primer tomo de *Tradiciones peruanas* y luego sucesivamente, cinco volúmenes más. En ellos se compendia, alegre y vívida, la más sabrosa historia del Perú (2008, pp. 84-85).

En sus primeras *Tradiciones*, Palma, al parecer no del todo seguro de la trascendencia de las mismas, manifiesta que su motivación más importante es la historia, sobre todo la historia colonial, de donde supone que se pueden recoger muchas enseñanzas para la vida cotidiana. Sin embargo, por falta de fuentes documentales suficientes y para hacer más atractiva la lectura, apela a las costumbres populares, a la tradición oral. En «Un virrey y un arzobispo. Crónica de la época del trigésimo virrey del Perú», Palma narra:

La época del coloniaje, fecunda en acontecimientos, que de una manera providencial fueron preparando el día de la independencia del Nuevo Mundo, es un venero poco explotado aún por las inteligencias americanas.

Por eso, y perdónese nuestra presuntuosa audacia, cada vez que la fiebre de escribir se apodera de nosotros, demonio tentador al que mal puede resistir la juventud, evocamos en la soledad de nuestras noches al genio misterioso que guarda la historia del ayer de un pueblo que no vive de recuerdos ni de esperanzas, sino de actualidad.

[...]

Sea por indolencia de los gobiernos en la conservación de los archivos, o por descuido de nuestros antepasados en no consignar los hechos, es innegable que hoy sería muy difícil escribir una historia cabal de la época de los virreyes [...].

Entretanto, toca a la juventud hacer algo para evitar que la tradición se pierda completamente. Por eso, en ella se fija de preferencia nuestra atención, y para atraer la del pueblo creemos útil adornar con las galas del romance toda narración histórica (1982-I, p. 227).

A medida que sus *Tradiciones* fueron siendo recibidas con más aceptación del público y de los críticos de entonces «nacionales y extranjeros», su confianza en hallarse por la senda correcta, afianza la escritura de sus tradiciones. En «Hermosa entre las hermosas», empieza el relato de la siguiente manera

Dice usted, amigo mío, que con cuatro paliques, dos mentiras y una verdad hilvano una tradición. Pues si en ésta que le dedico [a Ricardo Rosell] hay algo que peque contra el octavo mandamiento, culpa será del cronista agustino que apunta el suceso, y no de su veraz amigo y tocayo (1982-II, p.145).

Palma no fue el primero que recogió la tradición popular; es más, este modelo había sido usado ya en una forma narrativa de mucho arraigo en una época: el cuadro de costumbres, aunque ninguna con los alcances y riqueza de las tradiciones de Palma. Además, esta forma, propia del costumbrismo, prácticamente había dejado de tener cultores en el último tercio del siglo XIX. Lo que enriquecía las tradiciones de Palma y les daba solidez, era el carácter documental que las respaldaba, y los temas abordados que, si bien frecuentaban las costumbres del pueblo, rebasan la mera anécdota. Además, y este es el punto que sus imitadores nunca pudieron repetir, por lo menos no en el nivel

que alcanzó Palma, fue el humor y esa gracia particularísima que impregnaba sus tradiciones, incluso en los momentos menos esperados. Brotaba a veces para redondear una historia, a veces para romper una tensión excesiva en la trama; aunque, la mayoría de ocasiones, por puro espíritu burlón y travieso.

La feliz combinación de historia, costumbrismo y humor, se debían a su poderoso instinto narrativo, a su talento para decidir en qué medida y momento saltar a uno u otro aspecto. Pero también permite pensar que Palma, a despecho de la frescura y aparente espontaneidad de sus tradiciones, fue un narrador consciente y riguroso de las exigencias de la escritura de las ficciones, un gran dominador de la técnica narrativa y del lenguaje literario, un escritor que llegaba con sus narraciones a donde quería llegar y de la forma que más acomodaba a sus propósitos.

De manera, pues, que llegó un momento en que pudo integrar en la forma narrativa que se le reconoce como máximo exponente, la tradición, la poesía, el artículo de costumbres, el documento histórico, la sabiduría popular, la oralidad y el lenguaje coloquial, basado en una admirable versatilidad y profundo conocimiento de la lengua castellana. Porque si bien, lo que más resalta en Palma es la utilización del lenguaje popular, sus modismos, su fuerza creativa e, incluso, la sabiduría tradicional, reflejada en los refranes, su dominio del lenguaje culto es también impecable. El historiador que anidaba en su interior sale a flote muchas veces de manera tan solvente, tan familiarizado con el lenguaje académico y con el manejo de las fuentes historiográficas, que ha hecho equivocar el rumbo de muchos intelectuales que han utilizado sus tradiciones como documentos históricos.

Por sobre todas las cosas, Palma estaba dotado de una gran intuición y olfato narrativo, lo que algunos prefieren denominar talento, o sabiduría narrativa, que le permitía dosificar los

elementos de sus relatos, como lo demanda la composición de ficciones. Asimismo, abonan en su favor su versatilidad y el dominio de sus normas expresivas y del lenguaje culto en general, así como su familiaridad con el lenguaje coloquial, de donde extrae sus más originales imágenes literarias, que sintetizan en pocas palabras una psicología, un ambiente, e incluso una época.

Sin embargo, habiendo superado sus contradicciones personales, Palma, en su momento, se topó con cuestionamientos y malas interpretaciones de su obra, como ocurrió, por ejemplo, con las incesantes hostilidades de Manuel González Prada. Esto, sin contar sus desencuentros con adversarios en su desempeño como diplomático, político, historiador o lingüista.

Así, las reacciones ante su obra y su desempeño personal, oscilaron entre la pleitesía y el rechazo, condición que de alguna manera continuó a pocos años de su muerte, cuando intervinieron en uno u otro sentido los indigenistas –caso de Federico More, entre otros–, por un lado, y José Carlos Mariátegui, por el otro. Tal situación, si bien se atenuó con el paso de los años, no desapareció. En 1935, Raúl Porras Barrenechea, en su *Antología de Lima*, publicada en homenaje al IV Centenario de Lima, llegó a decir que Lima «la fundaron en colaboración don Francisco Pizarro y don Ricardo Palma». (2008, p. XVII). En contraposición, a poco más de cuatro décadas de su desaparición, Palma volvió a ser el centro de críticas y polémicas a raíz del significado de su obra, cuando Sebastián Salazar Bondy publicó su *Lima, la horrible* (1964), cuyos planteamientos eran concordantes con los de algunos miembros de su generación.

En la actualidad, independientemente de la interpretación que se aplique a las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma, y a su propia figura intelectual, es indiscutible que estas y su autor

son considerados, en términos artísticos e intelectuales, una de las obras más significativas de nuestra literatura, no solo por su valor literario intrínseco, sobreviviente a los avatares del tiempo, sino por su aceptación social, independiente de consideraciones políticas, sociales y culturales. Alberto Escobar, Estuardo Núñez, Augusto Tamayo Vargas, José Miguel Oviedo, Antonio Cornejo Polar y prácticamente todos los críticos más reconocidos resaltan la obra del tradicionista. Baste mencionar la observación de un distinguido crítico escocés: James Higgins, quien, en su *Historia de la literatura peruana*, empieza afirmando: «Ricardo Palma (1833-1919), el prosista más importante y más renombrado del siglo XIX» (2006, p. 134). Y, al concluir su exposición sobre el tradicionista, remata: «Las *Tradiciones peruanas* son una obra maestra del arte narrativo con la cual Palma estableció un nivel de profesionalismo literario que ningún otro escritor de su siglo pudo igualar» (p. 140).

Ampliando la perspectiva y la escala, a nivel nacional, puede afirmarse que Palma y sus tradiciones son lo más representativo del siglo XIX, pues constituyen un gran aporte para la forja de la nacionalidad.

## Referencias bibliográficas

Cornejo Polar, A. (1982). «Literatura del Perú Republicano». En: *Historia del Perú*. Tomo VIII. Lima: Editorial Juan Mejía Baca.

Delgado, W. (1980). *Historia de la Literatura Republicana. Nuevo carácter de la literatura en el Perú independiente*. Lima: Ediciones Rikchay.

Higgins, J. (2006). *Historia de la Literatura Peruana*. Lima: Editorial Universitaria de la Universidad Ricardo Palma.

Holguín Callo, O. (1994). *Tiempos de infancia y bohemia. Ricardo Palma (1833-1860)*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

McCullers, C. (2006). «Notas sobre la escritura». En: Reyes, R. *La caza de la novela*. Lima: Editorial Universitaria de la Universidad Ricardo Palma.

Oviedo, J. M. (1965). *Genio y figura de Ricardo Palma*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Palma, R. (1982). *Tradiciones peruanas*. Tomos I, II, III y IV. Lima/Madrid: Central Peruana de Publicaciones / Editorial Océano.

----- (2005). *Epistolario general (1846-1891)*. Lima: Editorial Universitaria de la Universidad Ricardo Palma.

Porras Barrenechea, R. (2008). *Palma, la tradición y el tiempo* (estudio y recopilación de Jesús Cabel). Lima: Editorial Universitaria de la Universidad Ricardo Palma.

Thorne, C. (2009). «Palma y la colonia como figura de nuestra identidad». En: *Aula Palma XIII*. Lima: Instituto Ricardo Palma.

Recibido el 23 de agosto del 2021  
Aceptado el 28 de septiembre 2021

